

EDITORIAL

INFLUENCIA RECIPROCA ENTRE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA Y EL HOSPITAL GENERAL DE MEXICO

HORACIO ZALCE *

Recientemente, con motivo de la celebración del 70o. aniversario del Hospital General de México, se realizó una sesión científica conjunta con la Academia Nacional de Medicina, en la que se trataron temas de oncología.

Se antoja un tanto extraño que no sea sino hasta ahora que ésta, tan importante institución, obviamente proyecta en calendarios, pero siempre joven en cuanto a ideas, realizaciones y vigor, y que la menos joven corporación, la Academia Nacional de Medicina, que rebasa con once años su centenario, se reúnan por vez primera. Y si causa extrañeza, es porque la relación entre la existencia y las actividades de ambas es evidente inclusive al más superficial de los análisis.

La Academia se funda en 1864, en un momento en el que se hacía ya claramente notoria la necesidad de que los médicos mexicanos, y en particular los de más recia personalidad científica y social, se asociaran con el fin de tratar de elevar los conocimientos médicos, difundirlos y mejorar

* Académico titular.

sus relaciones humanas y profesionales. Empieza a esbozarse entonces lo que será base de las futuras especialidades, pero que en aquella época comprendían tan sólo las tres grandes avenidas de conocimiento que por cierto eran avaladas por el de médico, cirujano y partero.

El fluir dialéctico de la Historia lleva, en las postrimerías de un porfirismo todavía pujante, con una administración relativamente "rica", a hacer posible la realización de la idea de un notable miembro de la Academia Nacional de Medicina, el ilustre Eduardo Liceaga, y en 1896 se inician las obras del primer gran Hospital General de la ciudad de México, con una muy extensa dotación de terreno, parte de la cual determina algo de su autosuficiencia, y constituido por múltiples pabellones, rodeados de amplias zonas verdes. Esta característica arquitectónica propicia, con el correr del tiempo, una insularidad que, siendo en la actualidad un concepto obsoleto e inaceptable, permite en sus principios el desarrollo de diversas escuelas y la instauración de nuevas corrientes en el pensamiento médico, bienvenidas en la Academia. Y cuando esa calidad de insulas dispersas tiende a disminuir, no mengua por ello la relación estrecha entre ambas instituciones.

En efecto, no sólo es quien funda el Hospital un académico de alto relieve dentro de su mundo de la época y a quien se le otorga la dirección del nuevo nosocomio, sino que esta coincidencia se repite en forma tan frecuente que es difícil escapar a la conclusión de que hay un factor causal fundamental que, con base en intereses comunes para ambas instituciones, consolida las relaciones entre ellas. En 1906 todavía no existe el concepto estructural y funcional del gran nosocomio

moderno. No penetra aún la toma de conciencia del trabajo colectivo y el individualismo constituye el elemento básico del ambiente hospitalario. Pero la aparición y formidable desarrollo de las múltiples y crecientes especialidades abren el camino para lo que habrá de ser el concepto no sólo de trabajo colectivo, sino el ya más sofisticado del quehacer en equipo.

Una mera ojeada histórica basta para mostrar el notable incremento en la proporción de quienes, siendo miembros del cuerpo médico del Hospital, ingresan como miembros de número a la centenaria corporación: tal parece que el esfuerzo realizado en el nosocomio refleja en un deseo casi natural de ingresar a la Academia y que ésta se nutra de los elementos humanos que destacan dentro del elemento hospitalario, al cual, a su vez, estimula para tratar de elevar su calidad científica.

Haciendo un recuerdo del número de académicos que han figurado o figuran, ahora, dentro del Hospital General, el número se eleva a más de 80, y 24 de ellos han llegado a ser Presidentes de la Academia.

La especialidad escogida como tema para la sesión conjunta mencionada arriba, no lo fue por azar y se presta para observar cómo el espectro de especialidades se fue desarrollando paralelamente en el Hospital y la Academia. Lo que fuera un simple servicio de radioterapia por muchos años, culmina en 1940 —gracias al incansable y pujante esfuerzo de Guillermo Montañón, dilecto amigo, hombre ejemplar y médico brillante quien, como ironía, no infrecuente y siempre trágica, es arrebatado en 1971 por el enemigo que durante tantos años de su vida dedicara él a combatir: el cáncer—, culmina, repito, en la organización y puesta

en marcha de un pabellón dedicado exclusivamente al diagnóstico y tratamiento de los tumores, que todavía más tarde se convertiría en la Unidad de Oncología. Es más, el tiempo y las ideas siguen avanzando y aquella unidad se desarrollará hasta convertirse casi en un instituto funcional, pues ahora se proporciona ahí asistencia al enfermo canceroso, se intenta su rehabilitación integral, se imparte docencia a nivel universitario de pre y post grado y se practica investigación clínica y aún básica. Al mismo tiempo, en la Academia, se funda la Sección de Cancerología (ahora denominada así mismo de Oncología), también merced a la iniciativa del doctor Montaña, antes inclusive de que él fuera presidente de la corporación.

El paralelismo ha continuado avanzando: en el Hospital, el creciente número de especialidades íntimamente relacionadas, en la práctica diaria con el quehacer oncológico diario, ha roto los límites de los pabellones y en la unidad de oncología colaboran distinguidos especialistas de otras ramas, como oftalmólogos, dermatólogos, urólogos, patólogos y muchos otros que representan las más variadas disciplinas; y en la Academia, las secciones se han fundido para dar lugar a Departamentos, lo que intenta reflejar más vívida y certeramente la medicina de hoy.

Larga vida, pues, y provechosa asociación para el Hospital General, que se nutre y nutre a su vez a los miembros de nuestra centenaria corporación, la Academia Nacional de Medicina.

LA DEFENSA CONTRA LA TUBERCULOSIS

Voy a agregar algunas cifras á las que tuve la honra de presentar á esta docta Corporación en 1899, para demostrar que en el corto espacio de tiempo que desde esa fecha ha transcurrido, el número de defunciones por tuberculosis ha aumentado... Como se ve en los últimos tres años, las cifras 1703, 1860 y 2013, son superiores a cada una de los años anteriores.

...En Nueva York especialmente; en Bruselas, en Buenos Aires y en otras ciudades han conseguido reducir el número de enfermos tuberculosos y marcadamente la mortalidad por esa afección.

Para que en México lleguemos a obtener un éxito semejante, hay que emprender una *cruzada*, no solamente de recomendaciones oficiales como las que ha estado haciendo el Consejo de Salubridad, sino llevar el convencimiento de la incuestionable eficacia de la *higiene* contra la tuberculosis, á los poderes públicos, á los municipales, á las sociedades médicas, á las caritativas, á las mutualistas, á los sindicatos industriales, á las corporaciones obreras, á las familias, á los individuos, en suma al mundo entero. Dr. Eduardo Liceaga: *La defensa contra la tuberculosis*. GAC. MÉD. MÉX. Vol. II, 2a. serie, pág. 294, noviembre de 1902.

(Nota de la Redacción: El trabajo del que forman parte las líneas anteriores fue leído el 30 de abril de 1902; pasado por el Presidente en turno a la Sección de Higiene, ésta dictaminó el 31 de julio del mismo año que se formara una Comisión Permanente para ocuparse del asunto que, unas semanas más tarde presentó el Reglamento de sus labores).